

ber cautivado los moros que las defendían, volvióse sin contratiempo á Aragon.

Otros negocios que no eran los de la guerra ocuparon tambien al rey en este tiempo. El anciano monarca de Navarra don Sancho el Fuerte habia fallecido (abril, 1234). Pendiente estaba, aunque fria, la concordia de mútua sucesion que habia celebrado con el aragonés. Sin embargo, los navarros queriendo conservar la línea de sus reyes, bien que la varonil quedaba con don Sancho estinguida, determinaron alzar por rey á su sobrino Teobaldo, conde de Champagne. Fuese que solicitaran del rey de Aragon los relevase del juramento y compromiso de sucesion que con él tenian, y que don Jaime renunciára con generoso desinterés á su derecho, fuese que pensára mas en ganar á Valencia de los moros que en heredar la Navarra á disgusto de sus naturales, Teobaldo, de Champagne se sentó en el trono que acababa de dejar el nieto de García el Restaurador, sin que el aragonés le reclamára para sí, ni hiciera valer la concordia que don Sancho mismo habia promovido.

Ocupado traia tambien al Conquistador en medio de su agitada vida el asunto de su segundo matrimonio. Habíase divorciado don Jaime de su esposa doña Leonor de Castilla, por desavenencias acaso que las historias no revelan con claridad. Intervino el papa, como acostumbraba, en este negocio, y su legado el cardenal de Santa Sabina declaró la nulidad del ma-

trimonio, fundándose en el parentesco en grado prohibido que entre los dos consortes mediaba (1229). Sin embargo, el infante don Alfonso, hijo de don Jaime y de doña Leonor, habia sido reconocido y jurado heredero y legítimo sucesor del reino, como habido en matrimonio hecho de buena fé. Caso de todo punto igual al de don Alfonso IX. de Leon y de doña Berenguela, con la legitimacion de San Fernando, y parecido al de tantos otros matrimonios y divorcios entre los reyes y reinas de Castilla y de Leon. El mismo pontífice Gregorio IX. habia negociado despues el segundo enlace de Jaime de Aragon con la princesa Violante⁽⁴⁾, hija de Andrés II. rey de Hungría. Concertadas las bodas, y arreglado entre los reyes de Aragon y Castilla en las vistas que tuvieron en el monasterio de Huerta, lo que habia de hacerse de doña Leonor, á la cual se dió la villa de Ariza con todos sus términos juntamente con las villas y lugares que ya tenia, procedióse al casamiento del aragonés con la princesa húngara en Barcelona, á donde esta habia venido (septiembre, 1235).

Preocupado siempre el rey, y no distraído nunca su pensamiento de la conquista de Valencia, determinó apoderarse de un puesto avanzado, distante solo dos leguas de la ciudad, que los moros nombraban Enessa, y los cristianos el cerro ó Puig de Cebolla, y des-

(4) Nombre españolizado de *Yoland*.

pues se llamó el Puig de Santa María. Noticioso de ello el rey Ben Zeyan mandó demoler el castillo. No le importó esto á don Jaime. Con actividad prodigiosa hizo levantar otra fortaleza en el mismo sitio, que era el mas á propósito para correr la comarca y tener en respeto á Valencia. Dos meses bastaron para dar por concluido el fuerte, cuya defensa encomendó á su tío materno el valeroso don Bernardo Guillen de Entenza, en cuya confianza pasó el rey á Burriana y á otros puntos para proveer á otros asuntos de la guerra y cuidar de que no faltasen mantenimientos⁽¹⁾. Necesitábase una historia especial para dar cuenta de las infinitas proezas y brillantes hechos de armas que ejecutaron los defensores del Puig, así como para pintar la movilidad continua y prodigiosa del rey cruzando sin cesar de uno á otro punto del reino, atendiendo á todas partes y proveyendo á todo. Mientras él se hallaba en Monzon celebrando córtés, acometió el moro Ben Zeyan á los del Puig con cuarenta mil peones y seiscientos caballos; número formidable respecto al escasisimo que los cristianos contaban, y sin embargo,

(1) «Al levantar nuestro campo (del Puig), dice él en su historia, vimos que una golondrina habia construido su nido encima de nuestra tienda; por cuyo motivo dimos orden para que esta no se quitase hasta que la avecilla hubiese desanidado con sus hijuelos, ya que fiada en Nos se habia establecido allí.» Cap. 452. Toda esta

notable historia está salpicada de incidentes curiosos como este. Es como un diario en que el rey iba anotando todo lo que hacia y ocurría, y al cual hacen mas sabroso los diálogos llenos de sencillez y naturalidad de que abunda, y en que están retratados al vivo todos los personajes.

á la voz de «¡Santa María y Aragon!» ganaron estos sobre la morisma un triunfo que llenó de asombro y de terror al emir valenciano (agosto, 1237). Grande alegría causó á don Jaime tan lisonjera nueva. Mas no tardó en ser seguida de otra que derramó amargo pesar en su corazon. El bravo don Bernardo Guillen de Entenza habia fallecido (enero, 1238). Inmediatamente se encaminó el rey al Puig á alentar aquel pequeño ejército, que bien necesitaba de su presencia para consolarse y no desfallecer con la pérdida de tan valeroso gefe y capitán. Ofreció pues á sus soldados que no tardaria sino muy pocos meses en volver con refuerzos considerables que reuniria en Aragon, para donde partiria á buscarlos en persona.

Semejante indicacion introdujo nuevo desmayo y desaliento en los caballeros y ricos-hombres del Puig. Ya no pensaron mas sino en abandonar aquel sitio tan pronto como se ausentára el rey. No faltó quien descubriera á don Jaime esta disposicion de los ánimos. Pasó una noche inquieta y agitada pensando en lo que deberia hacer y en la medida que habria de tomar⁽¹⁾. Por último la mañana siguiente fuese á la

(1) Hé aqui cómo cuenta él su inquietud de aquella noche: «Fuímonos no obstante á descansar... A pesar de estar en enero, nos revolvímonos por la cama mas de cien veces, poniéndonos ya de un lado ya de otro, y sudando como si estuviésemos en un baño. Despues de haber cavilado mucho, nos dormimos por fin, postrado de tanto velar; mas entre media noche y el alba nos despertamos de nuevo, y volvimos á dar de continuo con el mismo pensamiento: nuestro pesar era de ver que teníamos que habérnoslas con mala gente, porque

iglesia, y congregando allí á todos los caballeros: «Barones (les dijo), convencidos estamos de que todos »vosotros y cuantos hay en España sabeis la gran »merced que Nuestro Señor nos ha otorgado en nuestra »juventud con la conquista de Mallorca y demas islas, »asi como con lo que hemos conquistado desde Torto- »sa á acá. Congregados estais todos para servir á Dios »y á Nos: mas debo haceros saber como fray Pedro »de Lérida habló con Nos esta noche y nos dijo que la »mayor parte de vosotros teniais intencion de mar- »charos si Nos lo hacíamos. Mucho nos maravilla tal »pensamiento, sobre todo habiendo de ser nuestra »marcha en mayor pro de vosotros y de nuestra con- »quista; mas puesto que á todos os pesa que marche- »mos, os decimos (y para esto nos pusimos en pie), que »en este lugar haremos voto á Dios y al altar donde »está su madre, de que no pasaremos Teruel ni el rio »de Tortosa hasta que Valencia caiga en nuestro poder. »Y para que mejor entendais que es nuestra voluntad »quedarnos aqui y conquistar este reino para el ser- »vicio de Dios, sabed que en este momento vamos á »dar orden para que venga la reina nuestra esposa, y »además nuestra hija....» Enterneció á todos seme- »jante discurso y los contuvo. Y no solo los cristianos

es de saber que no hay clase mas soberbia en el mundo que los caballeros (*se pensam nos que haviem á fer ab mal gent, car al mon no ha tan sobrer poble com son cava-*

llers.) Teniamos por cierto que despues que hubiésemos marchado ninguna vergüenza se darian de escaparse....» Cap. 165.

cobraron buen ánimo, sino que entendido por Ben Zeyan, concibió sérios temores con tan atrevida resolución, tanto que comenzó á hacer secretas proposiciones á don Jaime para que desistiese de aquella empresa. Desechólas el aragonés con grande admiracion del mensagero musulman, y con aquel puñado de gente que tenia en el Puig resolvió comenzar á combatir la ciudad.

Si algo le detuvo todavía, fueron los mensajes que iba recibiendo de las poblaciones sarracenas de la comarca ofreciéndole obediencia y sumision. Almenarà, Uxó, Nules, Castro, Paterna, Bulla, varias otras villas y castillos se le fueron rindiendo sucesivamente en pocos dias. Era el nombre y la fama de don Jaime lo que intimidaba á los sarracenos. Su hueste era sobremanera menguada. Componíase de unos setenta caballeros que reunian entre el maestro del Hospital y los comendadores del Templo, de Alcañiz y de Calatrava, ciento cuarenta caballeros de la mesnada del rey, ciento cincuenta almogavares, y algunos mas de mil hombres de á pie. Con esta gente, que no podia llamarse ejército, se atrevió un dia á pasar el Guadalaviar y á sentar sus reales y desplegar sus señeras entre Valencia y el Grao. Por fortuna llegaron pronto al campo los ricos-hombres de Aragon y Cataluña, los prelados de uno y otro reino, cada cual con su hueste, las milicias de los concejos, y hasta el arzobispo de Narbona con tal cual número de caballeros y

sobre mil peones. Con esto el sitio se fué estrechando, y apenas los sarracenos se atrevían ya á salir de las puertas de la ciudad sino individualmente á sostener parciales combates y torneos con los cristianos. Armáronse las máquinas y comenzóse á batir los muros. Hacíanse cavas y minas, y llegaron algunos á romper con picos por tres partes un lienzo de la muralla, mientras otros atacaban á Cilla y la rendían. De poco sirvió que arribára á las playas del Grao una escuadra enviada por el rey de Tunez. Colocado el campo cristiano entre la ciudad y el puerto, ni los moros de Valencia eran osados á salir, ni los de las naves á saltar. La armada tunecina tomó rumbo hácia Peñíscola, en cuyas aguas fué batida y escarmentada, y no volvió á parecer.

Creció con esto la osadía de los sitiadores. Si alguna salida hacían los moros de la ciudad, atacábanlos y se metían por entre ellos tan temerariamente, que un día por acudir el rey á caballo por hacerlos retirar fué herido de una saeta en la cabeza. Dejémoselo contar á él mismo con su candorosa naturalidad. «Regresábamos de allí (dice) con uestros hombres, »á la sazón en que volviendo la cabeza para mirar á »la ciudad y á las numerosas fuerzas sarracenas, que »de ella habían salido al campo, disparó contra Nos »un ballestero, y atravesando la flecha el casco de »suela que llevábamos, hiriónos en la cabeza cerca de »la frente. No fué la voluntad de Dios que nos pasa-

»se de parte á parte: pero se nos clavó mas de la mitad, de modo que en el arrebato de cólera que nos »causó la herida, con nuestra propia mano dimos al »arma tal tiron que la quebramos. Chorreábanos por »el rostro la sangre, que tuvimos que enjugar con un »pedazo de cendal que llevábamos; y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así »nos entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció »desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal »manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco días »teniendo enteramente privado de la vista el del lado »en que habíamos recibido la herida; mas tan presto »como calmó la hinchazon, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo, para que todos cobrasen »buen ánimo (1).»

El arrojo de los cristianos llegó á tal punto que algunos de ellos, sin dar siquiera conocimiento al rey, atacaron por su cuenta una torre que estaba junto á la puerta de la Boatella, en la calle que se dijo después de San Vicente. Viéronse en verdad aquellos hombres comprometidos y á punto de perecer. Mas con noticia que de ello tuvo don Jaime, sin dejar de reprehenderles su temeridad, acudió con toda la ballestería á combatir la torre, y como los moros no quisiesen rendirse, prendieronla fuego y murieron abrasados todos los que la defendían. Golpe fué este que llenó

(1) Hist. de don Jaime, cap. 181.

de consternacion á Ben Zeyan, harto intimidado y asustado ya con otros hechos y casos que cada dia le ponian en mayor aprieto y apuro. Desde entonces comenzó á mover secretos tratos con don Jaime por medio de mensajeros que muy cautelosamente le enviaba. Las pláticas se tuvieron con el mayor sigilo entre los dos reyes por mediacion de algun arrayaz y de algun rico-hombre de la confianza de cada soberano. Don Jaime solo daba participacion á la reina, á cuya presencia hacia que se tratara todo. Despues de varias negociaciones resolvió al fin Ben Zeyan proponer á don Jaime que haria la entrega de la ciudad siempre que á los moros y moras se les permitiese sacar todo su equipage, sin que nadie los registrara ni los hiciese villanía, antes bien serian asegurados hasta Cullera ó Denia. Aceptaron el rey y la reina la proposicion, y quedó convenido que la ciudad seria entregada á los cinco dias, en el último de los cuales habian de comenzar á desocuparla los sarracenos. Hecho ya el pacto, comunicóle el rey á los prelados y ricos-hombres, de entre los cuales hubo algunos que mostraron menos contento que disgusto, acaso porque no se hubiera contado con su consejo. Al tercer dia comenzaron ya los moros á salir de la ciudad; verificáronlo hasta cincuenta mil, siendo asegurados en conformidad al convenio hasta Cullera: veinte dias les fueron dados para hacer su emigracion, y otorgóse á Ben Zeyan una tregua de siete años.

El 28 de setiembre de 1238, víspera de San Miguel, el rey don Jaime de Aragon, con la reina doña Violante, los arzobispos de Tarragona y Narbona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, los ricos-hombres y caballeros de Aragon y Cataluña, las órdenes militares y los concejos de las ciudades y villas, hicieron su entrada triunfal en Valencia, en aquella hermosa ciudad que cerca de siglo y medio habia poseido por algunos años el Cid, ahora rescatada para no perderla ya jamás. Don Jaime hizo enarbolar el pendon de Aragon en las almenas de la torre que despues fué llamada la torre del Templo, y las mezquitas de Mahoma fueron convertidas para siempre en iglesias cristianas. Pasados algunos dias procedióse al repartimiento de las casas y tierras entre los prelados, ricos-hombres, caballeros y comunes, segun la gente con que cada cual habia contribuido á la conquista, contándose hasta trescientos ochenta caballeros de Aragon y Cataluña, á mas de los ricos-hombres, los que fueron heredados, á los cuales y á sus descendientes llamaron caballeros de conquista, y á ellos dejó encomendada la guarda y defensa de la ciudad relevándose de ciento en ciento cada cuatro meses. Así quedó incorporada la rica ciudad de Valencia al reino de Aragon (1).

(1) Hist. del rey don Jaime, hasta el cap. 494.—Desclot, c. 59: Zurita, lib. III. hasta el c. 34.—Muntaner refiere muy confusa- mente todo lo relativo á la conquista de la ciudad y reino de Valencia.—La letra y el texto de la capitulacion entre don Jaime y

Después de la conquista de Valencia pasó don Jaime á Montpellier á sosegar graves turbaciones que habían ocurrido en aquella ciudad y señorío. Asentadas allí y puestas en orden las cosas, tornóse para Valencia, cuyo reino halló también no poco alterado, y en armas los moros y muy quejosos de las correrías con que en su ausencia les habían molestado algunos caudillos cristianos, sin respeto á la tregua bajo cuya seguridad vivían. Sosegáronse con la presencia del rey, y entregáronsele algunos castillos. El destronado Ben Zeyan que se hallaba en Denia, pidió á don Jaime la isla de Menorca para tenerla en feudo como vasallo suyo, ofreciéndole en cambio el castillo de Alicante. Excusóse el rey con que Alicante pertenecía por antiguos pactos y confederaciones á la conquista de Castilla, y no admitió la proposición del musulmán. La circunstancia de haber preso el alcaide de Játiva á don Pedro de Alcalá con otros cinco caballeros cristianos que andaban recorriendo aquella tierra, sirvió á don Jaime de pretexto, si por ventura lo necesitase tratándose de guerrear contra los moros, para poner cerco á Játiva, la ciudad más importante de aquel reino después de Valencia, sita en una colina dominando una de las más fértiles vegas y de las más abundosas y pintorescas campiñas que pueden verse en el mundo. Astutos y tenaces los moros de Játiva, todo lo que el rey con su

Ben Zeyan, ó Zaen, que tenemos cláusulas que las que hemos es-
á la vista, no contiene otras plicado.

gran poder alcanzó á recabar del alcaide Abul Hussein Yahia en este primer cerco, fué que le entregara una de las fortalezas de aquel territorio, nombrada Castellon, juntamente con los caballeros cautivos, y que cien principales moros salieran á hacer ademán de reconocerle por señor suyo, mas nada de rendir la ciudad. Con esto pasó don Jaime otra vez á Aragon (1241).

Menos prudente y discreto este monarca como político, que valeroso y avisado como conquistador, comenzó á desenvolver en las córtes de Daroca el malhadado pensamiento que traía de dividir el reino entre sus hijos, manantial fecundo de discordias y de perturbaciones. En aquellas córtes declaró de nuevo é hizo jurar por sucesor y heredero en el reino de Aragon á su hijo primogénito don Alfonso, habido de su primera esposa doña Leonor de Castilla, pero reservando lo de Cataluña á don Pedro, el mayor de los hijos de doña Violante de Hungría (1243). Juntado luego córtes de catalanes en Barcelona, hizo la demarcación de los límites de Cataluña y Aragon, comprendiendo en la primera todo el territorio desde Salsas hasta el Cinca, y en el segundo desde el Cinca hasta Ariza (1244). Diéronse los aragoneses por agraviados de esta limitación, y el infante don Alfonso, que era en la repartición tan claramente perjudicado, apartóse del rey su padre, siendo lo peor que se afiliaron á su partido el infante don Fernando su tío (que no dejaba de titularse abad de Montaragon), el infante don Pedro